

VENEROS DEL PETRÓLEO EN EL ANTIGUO RÉGIMEN

Del historiador mexicano Lorenzo Meyer el FCE prepara la edición de *Petróleo y nación*. Presentamos enseguida unas páginas del primer capítulo, consagrado a la situación del petróleo y sus trabajadores durante el régimen de Porfirio Díaz



Para los habitantes del México antiguo, el petróleo no era una sustancia desconocida; pero los usos a los que destinaban ese líquido oscuro, que brotaba de las llamadas chapopoterías, no eran muchos: calafateo de barcos, emplastos medicinales y otros por el estilo. En realidad, mientras el petróleo no tuvo uso comercial

—y esto sólo ocurrió en la segunda mitad del siglo XIX—, el petróleo en la superficie fue más un problema que un beneficio para los propietarios de los terrenos donde se encontraba, pues inutilizaban éstos para la agricultura o la ganadería.

Hay dos teorías sobre el origen del petróleo: la primera, y dominante, llamada orgánica, supone que tanto el petróleo como el gas natural se formaron con los restos de plantas y animales que quedaron enterrados en sedimentos hace millones de años, sometidos a grandes presiones y temperaturas. Pero en ciertos círculos científicos se ha vuelto a especular con una

teoría alternativa, según la cual estos combustibles pueden tener, quizá, un origen no orgánico, resultado de reacciones geoquímicas entre el agua y sustancias inorgánicas en las profundidades y temperaturas del subsuelo.

Por un convencionalismo muy explicable, se ha tomado el 28 de agosto de 1859 como el momento en que se inicia la historia co-



mercial del petróleo. A partir de entonces, la sustancia dejó de ser simplemente un “jugo de la tierra” —como se le denominaba en la legislación colonial española— para empezar a convertirse en uno de los energéticos que darían su carácter a toda la civilización industrial del siglo XX. En esa fecha, Edwin L. Drake, antiguo maquinista de ferrocarril, logró extraer 20 barriles de petróleo de su pozo que había perforado en Titusville, Pensilvania. No tardó en perforarse otro pozo, cuya producción llegó a los 3 000 barriles por día, lo que

saturó el incipiente mercado norteamericano, que por entonces era el único donde el petróleo tenía carácter comercial. El pionero de la comercialización del petróleo fue, en realidad, un charlatán, Samuel M. Kier, quien en 1850 dejó de vender petróleo crudo embotellado —ofrecido a sus clientes como medicina— para destilarlo en cantidades modestas y ofrecerlo como aceite iluminante. Pero no pasó mucho tiempo antes de que el nuevo producto empezara a desplazar al carbón de piedra como combustible de locomotoras, buques y plantas industriales. El motor de combustible interna a base de gasolina y adaptado a un vehículo tuvo su origen en 1886, en Alemania, gracias a la inventiva de Karl Benz. Con la popularización del automóvil y el surgimiento de la aviación al principiar este siglo, el mercado del petróleo se extendió en forma sorprendente. A partir de 1914, la gasolina desplazó a la kerosina como el producto más importante de la destilación del petróleo. En 1873, la producción mundial de petróleo era de apenas 11 000 000 de barriles anuales; pero a comienzos de este siglo, en 1901, la producción era de 167 000 000. El productor y consumidor más importante era Estados Unidos; pero Rusia, Alemania, Italia, Polonia y Rumania, contaban ya con industria petrolera.

El mismo año que Drake perforó su pozo, en México también se intentó extraer y comerciar una pequeña cantidad de asfalto y crudo de la región del Pánuco. Tres años más tarde, en las crónicas de la época se consignó que el ingeniero Antonio del Castillo había logra-

do extraer una mezcla de agua y aceite de una excavación en la Villa de Guadalupe, en las afueras de la Ciudad de México. Un año más tarde, en 1863, el cura Manuel Gil descubrió una "mina de petróleo" en Tepetitlán, de la que sacó unos diez barriles que envió a Estados Unidos, aunque no logró ningún beneficio económico por el bajo precio del aceite (alrededor de 3.15 dólares el barril). Para esta época, eran muchos los entusiastas del petróleo que hicieron denuncias de lotes petroleros; entre ellos destacó un tal Ildefonso López, de Veracruz, con 21 lotes en su haber. En realidad, ninguna de estas denuncias llevó a la creación de una verdadera empresa petrolera.

Hasta ese momento, la legislación sobre "bitúmenes" o "jugos de la tierra" era la misma que había existido en la época colonial, y suponía que estas substancias—hasta entonces de poco valor comercial—eran del dominio directo de la nación, como antes lo había sido de la Corona española. El 6 de julio de 1865, el emperador Maxi-

miliano reafirmó el status del petróleo y promulgó un reglamento que impedía la explotación de ese y otros minerales sin que se hubiera obtenido una concesión expresa de las autoridades. La caída del Imperio no introdujo ningún cambio legal, y el petróleo siguió considerándose propiedad de la nación.

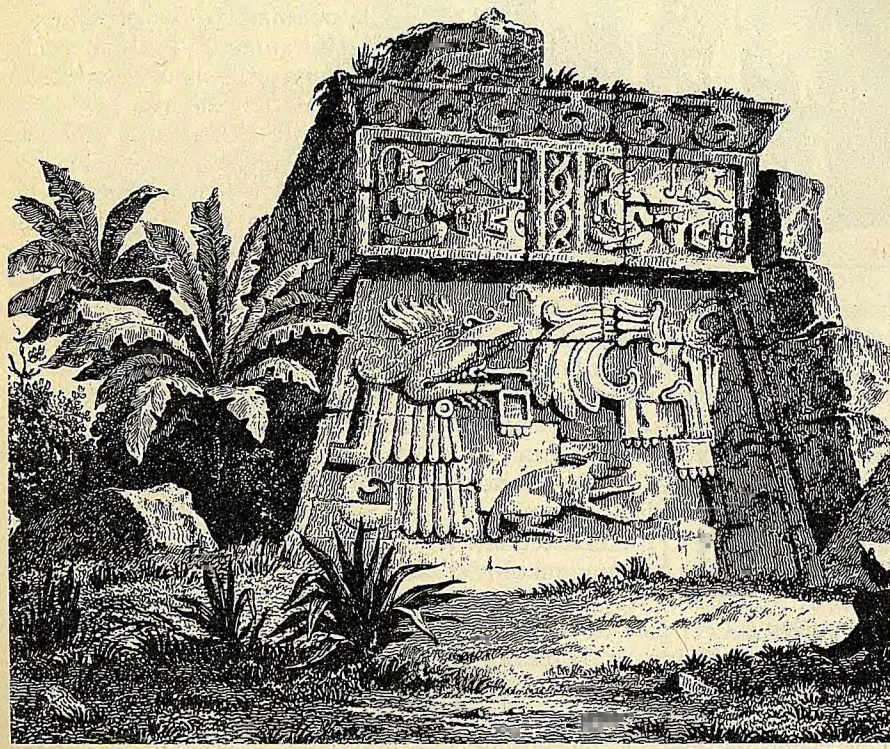
En 1868, Adolph P. J. Autrey—químico norteamericano que más tarde adoptó la nacionalidad mexicana—fundó la Compañía Explotadora de Petróleo del Golfo Mexicano, en Papantla, Veracruz. Ahí instaló un alambique, y para 1870 esta planta podía refinar 4 000 galones de kerosina y tener con ello un relativo éxito comercial. Pero la suerte no acompañó a Autrey, y su empresa dejó de operar en 1887. Para entonces, dos ingenieros estadounidenses habían terminado la instalación de otra pequeña refinería en el puerto de Veracruz a la que denominaron "El Águila", nombre que años más tarde adoptó otra empresa de origen británico y marcó profundamente la historia de esta industria en México. Los

primeros intereses británicos en la industria petrolera mexicana llagaron en esta época, cuando el London Oil Trust, encabezado por Cecil Rhodes, adquirió varias de las empresas ya establecidas en la región de Papantla y con ellas formó la Mexican Oil Corporation.

En realidad, la primera organización petrolera que logró tener éxito económico en México fue la Waters-Pierce Oil Co., encabezada por Henry Clay Pierce, a la que éste afilió con la Standard Oil de Nueva Jersey (cabeza del mayor conglomerado de empresas petroleras en el mundo) y conservó para sí sólo 35% de las acciones. No deja de ser algo sorprendente que la Waters-Pierce no se interesara por extraer su materia prima del subsuelo mexicano, sino que importara el crudo de Pensilvania y con él alimentara sus refinerías de Veracruz, Tamaulipas y la Ciudad de México. Por un tiempo, Henry Clay Pierce disfrutó de una posición monopólica en el mercado mexicano, al que surtió de kerosina, gasolina, parafina, lubricantes, grasas y combustibles.

Al iniciarse el siglo xx, aparecieron en la escena petrolera mexicana dos personajes que dieron el gran impulso a la producción de petróleo, cuyo mercado pronto dejó de ser local para transformarse en internacional. Esos personajes fueron Edward L. Doheny, petrolero norteamericano con pocos escrúpulos y mucha energía, y el británico Weetman D. Pearson, jefe de una firma internacional de constructores, que en los albores del siglo era el gran contratista del gobierno de Porfirio Díaz y con el tiempo entró a las filas de la aristocracia británica. Al final de su aventura mexicana, ambos poseían una envidiable fortuna personal.

Doheny llegó a México por Henry Clay Pierce, quien, además de su empresa refinadora y comercializadora de petróleo y derivados, era gerente del Ferrocarril Central Mexicano y tenía interés en explotar aquellos terrenos del ferrocarril donde había indicios de petróleo. El



objetivo era claro, simple y un tanto modesto: producir en México el combustible necesario para operar ése y posiblemente otros ferrocarriles, a fin de disminuir los costos de la empresa. Doheny tenía experiencia en el ramo —en 1892 había descubierto petróleo en California, cerca de Los Ángeles— y capital, pues a raíz de su descubrimiento, al principiar el nuevo siglo ya era millonario. No tardó mucho Pierce en darse cuenta de que en Doheny tendría no sólo un apoyo sino también un rival.

Doheny hizo su primer descubrimiento en la hacienda de Aragón, no lejos de Tampico. El pozo que ahí perforó en abril de 1900 tuvo una profundidad de 150 metros y una modesta producción de 400 litros diarios. Poco después, por 300 000 pesos, adquirió la hacienda de "El Tullillo", en el municipio de El Ébano en San Luis Potosí. Esta propiedad de 90 000 hectáreas pasó de las aristocráticas manos de Mariano Arguizoniz a la flamante Mexican Petroleum Company, empresa que Doheny creó en Estados Unidos con el propósito de explotar el petróleo en las propiedades recién adquiridas. Hasta principios de 1904, las actividades de Doheny no se podían calificar de éxito económico. En efecto, para entonces había perforado 19 pozos, con un gasto de varios millones, sin el resultado deseado, pues aunque había encontrado petróleo desde mayo de 1901, ninguno de los pozos había tenido una producción abundante. El domingo 3 de abril de 1904, la situación cambió: el pozo de San Luis Potosí número 1 empezó a producir un millar y medio de barriles de petróleo diario, después de que el equipo de perforación llegó a los 501.60 metros de profundidad. Conviene anotar aquí un par de hechos: para explorar en La Paz, Doheny recibió el crédito del Banco de San Luis Potosí, S. A., donde tenía asociados; y la persona que localizó el lugar apropiado para la perforación, y convenció a Doheny de su provecho, fue el ingeniero Ezequiel Ordóñez, geólogo



mexicano, cuya ayuda fue invaluable para Doheny.

Doheny continuó adquiriendo terrenos petroleros en la Huasteca, cuya propiedad quedó en una nueva empresa, fundada en febrero de 1907 —que con el tiempo sería la compañía insignia del magnate norteamericano y de quienes le sucedieron—, la Huasteca Petroleum Company, conocida simplemente como La Huasteca y registrada también en Estados Unidos. En los terrenos de esta compañía, al sur de Tampico, Doheny perforó el pozo "Juan Casino 7", en septiembre de 1910, del que La Huasteca extrajo, en los siguientes diez años, 71 000 000 de barriles.

Contrapartida de Doheny y sus empresas fueron Pearson y las suyas. A diferencia de Doheny, Pearson había llegado a México por razones que nada tenían que ver con el petróleo y mucho con las grandes obras públicas del régimen porfirista. Tan bien cumplió Pearson su primer contrato con el gobierno —el gran canal que pásala el valle de México— que pronto tuvo en sus

manos los contratos para otras obras más importantes que la primera: el reacondicionamiento del puerto de Veracruz, la construcción de muelles y bodegas en Salina Cruz y Puerto México, la reconstrucción total del Ferrocarril de Tehuantepec y otras de importancia menor. En 1901, durante el tendido de la nueva línea de ese ferrocarril, los ingenieros al servicio de Pearson le informaron que había petróleo en aquella zona. Después de breve reflexión, Pearson envía a sus representantes un telegrama desde Texas —donde se encontraba camino a Inglaterra— ordenándoles adquirir, por renta o compra, terrenos con posibilidades petroleras en el Istmo. La buena relación de Pearson con el presidente le permitió obtener más tarde concesiones para explotar petróleo en terrenos nacionales de Veracruz, Tabasco, Chiapas, Campeche, San Luis Potosí y Tamaulipas.

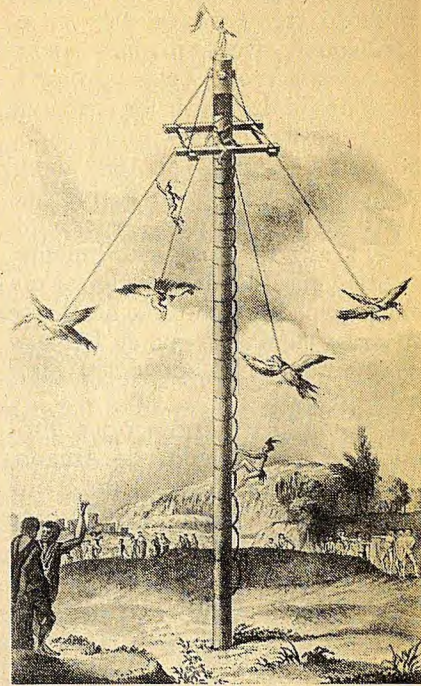
Cuando el magnate inglés decidió aventurarse en el campo petrolero —del que desconocía casi todo—, lo hizo como jefe y accio-

nista principal de una gran empresa, la S. Pearson & Son, Ltd., cuyo interés en México ascendían entonces a 5 000 000 de libras esterlinas (25 000 000 de dólares) y contaba con una de las mejores conexiones públicas dentro del gobierno de Porfirio Díaz. En 1905, Pearson consideró que los modestos resultados de su esfuerzo petrolero merecían la construcción de una refinería en Minatitlán, para procesar la producción obtenida en los campos de San Cristóbal. Sin embargo, la producción no llenó las expectativas del empresario inglés, quien había firmado más contratos de lo que correspondía a la capacidad de producción de sus campos, y por un tiempo debió importar petróleo de Texas para cubrir sus contratos. En 1908 se perforó el famoso pozo de "Dos Bocas", el cual, destruido por un incendio en el momento mismo en que brotó (siniestro que sólo pudo controlarse tras 160 días de esfuerzos continuos), probó a todo el mundo la magnitud de la riqueza que aguardaba a quienes perseveraran en el intento por explotar los campos mexicanos de hidrocarburos. Poco tiempo después entró en

operación el pozo "Potrero del Llano", y Pearson ya no tuvo que preocuparse más por importar petróleo, porque sus campos lo tenían en abundancia (se calcula que la producción total de ese pozo fue de 100 000 000 de barriles). En ese mismo año se tendió un oleoducto entre la refinería de Minatitlán y Puerto México.

La importancia de la actividad petrolera dentro de la red de negocios que tenía en México S. Pearson & Son, Ltd., fue en aumento. Poco antes del descubrimiento de "Dos Bocas" y de "Potrero del Llano", Pearson decidió crear y registrar en México una empresa que manejara exclusivamente el área petrolera. Así nació en 1908 la Compañía Mexicana de Petróleo "El Águila", conocida fuera de México como Mexican Eagle Oil Company. Su capital original fue de apenas 100 000 pesos, pero en abril de 1909 se reorganizó la empresa, que contó entre sus directivos con el coronel Porfirio Díaz, hijo del dictador, de cuyo apoyo, se creía, dependería en buena medida la suerte de la empresa. Pearson dispuso que otros miembros de la oligarquía porfirista tuvieran un lugar en la mesa directa de "El Águila", y así, junto a Porfirio Díaz Jr., tomaron asiento Guillermo de Landa y Escandón, Pablo Macedo, Fernando Pimentel y Fagagoa y Enrique Creel. Consciente de que en México la influencia política estadounidense era importante, quizá decisiva, Pearson también dio un lugar entre sus directores a Henry W. Taft, hermano del presidente de Estados Unidos y a George W. Wickersham, procurador general de ese país.

El valor en libros de "El Águila" se consignó entonces en 23.2 millones de pesos, pero al reformarse la escritura en 1910 aumentó a 30 000 000, y cuando volvió a reformarse en 1922, el valor de la empresa fue de 129 000 000 de pesos, aunque en realidad se calculaba en 200 000 000. Tras la caída de la dictadura de Díaz en 1912, Pearson creó otra empresa, la Eagle



Oil Transport Co., que registró fuera de México y sirvió para transportar el combustible a los mercados externos. Una tercera firma, la Anglo-Mexicana Petroleum Products Ltd., se encargó de vender el combustible exportado.

Al iniciarse la Revolución Mexicana, las empresas creadas por Doheny y Pearson controlaban unos 2 000 000 de acres (alrededor de 1 000 000 de hectáreas) de terrenos petroleros, ya fuese por compra o por renta. En promedio, las empresas de Pearson tenían una producción diaria de 100 000 barriles y las de Doheny de 60 000. Hasta ese momento, las inversiones sobrepasaban con mucho a las utilidades: había sido necesario adquirir terrenos, explorar, construir refinerías, almacenes, productos, adquirir buques, etcétera. Sin embargo, a partir de 1910 comenzó una nueva etapa, con utilidades altas, espectaculares, pues el mercado de estas empresas ya no sería el mexicano, sino el de las economías centrales, que estaban en proceso de cambiar del carbón al petróleo como fuente de energía de sus industrias modernas y su transporte.

